

Evolución filosófica en Latinoamérica

Escribe: ENRIQUE MILLAN C.

Las democracias indo-americanas no han creado sistemas nuevos de filosofía. No han contribuido como Emerson y William James a bosquejar bajo una forma nueva los viejos problemas. La política y la historia han sido las preocupaciones predilectas de las grandes inteligencias. A la pura especulación filosófica, se ha preferido el estudio lento del pasado y el análisis apasionado de las luchas intestinas bajo un criterio partidarista.

Han adoptado, sin embargo, teorías europeas en los primeros años de la República. Los ideólogos franceses Cabanis y Larominguère, se imponen en algunas escuelas, y la influencia inglesa se extiende desde Centro-América hasta Chile. Con ella triunfa un utilitarismo moderado, una forma analítica de las doctrinas de la libertad política y económica. Con la ola inglesa que reciben los revolucionarios, penetra el radicalismo filosófico. Juristas y políticos prefieren esas enseñanzas. Algunos pensadores se libertan del peripatetismo bajo la influencia de la filosofía escocesa. Así, Ventura Marín y José Joaquín de Mora, en Chile, Alcorta en la Argentina, Montalvo en el Ecuador, Rafael Núñez en Colombia. Con Andrés Bello poeta y legislador, filólogo y psicólogo, esas doctrinas adquieren grande importancia. Su libro, "**Filosofía del Entendimiento**", se inspira en Reid y en Hamilton. Había conocido en Inglaterra a James Mill y algunas de sus ideas sobre el método inductivo y la causalidad, llamadas doctrinas de Stuart Mill, hijo del anterior. Notables eran en Bello el vigor lógico, el análisis que aplicaba a los fenómenos de la conciencia, su penetrante psicología, su positivismo que le hace desdeñar toda metafísica. Su espíritu conservador le hace

aceptar los dogmas católicos; se entusiasma delante de ellos. Lo que destruye su análisis, su espíritu religioso lo reconstruye. Cree en la conciencia, en la libertad, en la realidad del mundo exterior, en la causa primera; transforma, por su análisis psicológico, la gramática; por su positivismo, el Derecho Civil y el Derecho de Gentes. Los excesos de su crítica se convierten a veces en abstracción refinada, en álgebra intelectual. Bello ha pasado del idealismo al positivismo de Destutt de Tracy a Stuart Mill, a través de la filosofía escocesa. Su admirable esfuerzo intelectual y jurídico es atributo de su análisis y de su realismo sajón.

Después de Bello, el más renombrado de los filósofos sudamericanos es Eugenio María de Hostos, nacido en 1839. No es solamente un expositor de teorías extranjeras; tiene sus sistemas que ha desarrollado en dos famosos libros. Es un moralista elevado más que un metafísico, y ya sea en Santo Domingo, en Lima o en Santiago de Chile, se esfuerza siempre por reformar la educación y las leyes. Los problemas sociales y morales le inquietan; pretende fundar una moral y una sociología. Se puede decir de su filosofía que es de un racionalismo optimista. Hostos cree en un mundo ideal. La ciencia puede ser un agente eficaz de virtud. No cree que se puedan disciplinar las voluntades, pero sí enseñar lo que es verdadero. El bien no es una entidad metafísica, ni el deber un imperativo: todo constituye "un orden natural". Una profunda armonía existe entre el mundo y el hombre, y la ley moral no es más que la revelación en la conciencia de la geometría de las cosas.

Para Hostos el mundo es justo, lógico, cargado de razón; una ley interior, —Lex Insita— que se manifiesta en las armonías siderales y en los actos virtuosos. El ideal no es más que la adaptación de la conducta a las relaciones fatales, y armoniosas de las cosas. Este optimismo no es un llamamiento a la moral de Spencer, a la ética rigurosa de Spinoza o al pensamiento de Cournot; la base filosófica de la moral es la idea de conformidad con el orden universal: los fundadores de la República han sido formados por el escolasticismo. En las arcaicas universidades se discuten algunos silogismos intrincados. Una libre doctrina filosófica que acepta todas las verdades católicas —la inmortalidad, el libre albedrío, la Providencia— y las explica con una elocuencia inflamada, es la reacción contra ese pensa-

miento cristalizado en invariables formas. Esta filosofía corresponde a la filosofía de los políticos, a su fe en la democracia, en la libertad, en el progreso humano. En las tierras americanas predominan las ideas francesas; en el Brasil, el pensamiento alemán. Tobías Barreto y Silvio Romero propagan esta cultura contra el pensamiento incoloro; el primero es un discípulo de los filósofos alemanes; el segundo, vulgariza y difunde a Herbert Spencer sin descuidar los maestros germanos. En sus estudios alemanes, Barreto adopta el monismo de Ludwig Moiré: "El universo se compone de átomos enteramente iguales, que están dotados de dos propiedades: la una interior, el sentimiento; la otra exterior, el movimiento". Esta es la metafísica del pensamiento brasileño y fue tal su influencia que, siguiendo a un crítico, "las teorías de Comte y de Moiré explican el moderno Brasil mental".

Silvio Romero expone el evolucionismo de Spencer, movimiento filosófico mucho más importante que el de Comte. Pero desgraciadamente los esfuerzos de estos apóstoles no pudieron hacerlo popular como en los demás países de América. Barreto, monista en filosofía, es partidario del finalismo jurídico de Ihering; Silvio Romero, discípulo de Spencer, expone y defiende las conclusiones de la ciencia social de Desmoulin. En el Brasil se comentan todas las filosofías exóticas. En el ardor científico de Barreto y Romero se reúnen doctrinas que no presentan entre ellas ninguna afinidad. Pero falta en la confusión creada por las imitaciones también incoherentes, la unidad de una dirección nacional. Un psicólogo de gran valor, discípulo libre de Renán, Joaquín Nabuco, escribe en una lengua sutil de pensamientos y de ensayos. Un filósofo español, menos rígido que los escolásticos, más rico de doctrinas que los eclécticos, Balmes, acapara fuerzas espirituales, fatigadas de estéril elocuencia. No hace escuela en América, pero es muy leído por los conservadores. Su penetrante análisis, su realismo sajón, su racionalismo que busca la armonía en los dogmas, se impone contra un espiritualismo difuso. Estas diversas corrientes: empirismo inglés, eclecticismo, benthamismo no constituyen movimientos intelectuales profundos. Reemplazan sí al escolasticismo caduco. Se quiere una nueva ideología política adecuada a las luchas por el poder. Las discusiones metafísicas han sido relegadas al olvido.

* * *

El positivismo es la primera filosofía que domina los espíritus. Se preparan grandes movimientos sociales, tales como la reforma en México, en el Brasil, en Chile y en Colombia con la expedición de la Constitución del 63 y la Reforma Política y Administrativa de Núñez. Ellos tienden hacia una nueva forma de vida espiritual en lo social, en lo económico y con mayor acentuación en lo político. Es algo así como una nueva escolástica. Los libre-pensadores creen en Augusto Comte, padre de la Sociología, ciencia nueva por entonces, y en Herbert Spencer; en la religión humanitaria del primero y en el agnosticismo del segundo. Comte había fundado, al decir de Stuart Mill, un sistema completo de despotismo intelectual; defiende el orden y la autoridad contra los abusos del individualismo, la enérgica preponderancia del poder central. Condenó la anarquía, el liberalismo disolvente, exaltando el genio social del cristianismo. En estas naciones nuevas, aniquiladas por revoluciones intestinas, por sistemas empíricos de gobierno y la romántica libertad, sus teorías vienen a justificarse ya que en varios países suramericanos se enseña la dictadura. En el Brasil, por ejemplo, la fórmula cristiana **Orden y Progreso** es el símbolo nacional. En el Ecuador, Gabriel García Moreno establece en ese país la más aberrante dictadura teocrática y clerical. En el Paraguay, el doctor Francia convierte en feudo propio ese país. En Bolivia, la satrapía de Melgarejo llega hasta el colmo de la impudicia y de la gula gubernamental. Rosas en la Argentina y Uruguay, siembra el terror para afianzarse en el poder. Estas y otras causas explican la supremacía del positivismo: se reacciona contra la teología en nombre de la ciencia y también contra una filosofía oficial plena de vaguedades. Los espíritus formados por el catolicismo reclaman contra esas doctrinas por la pérdida de la fe, los dogmas, las verdades reveladas. Mas una nueva fe, la filosofía comtiana, establece verdades más organizadas y sistemas fáciles y breves. Al mismo tiempo, el progreso material, base de todo desenvolvimiento científico y el utilitarismo que exagera la finalidad de la riqueza, encuentran en el positivismo desdeñosos de vanas ideologías así como el sistema adecuado de la vida industrial. En Colombia, México, Brasil, Chile, domina el positivismo, método filosófico y religión de la humanidad. En el Brasil, la escuela de Benjamín Constant, Botello de Magalhaes, Oscar d'Araujo, Tavaies Bastos y sus discípulos, condena el calendario, los santos laicos, los ritos del fundador. Tal escuela

forma profesores, crea constituciones políticas como la de Río Grande del Sur, propaga con ardor las doctrinas de Augusto Comte. En Chile, Juan Enrique Lagarderie predica su generoso idealismo: el olvido del odio patriótico. Pero la democracia chilena no escucha a este apóstol ingenuo. En México, Barreda, fundador de la **Escuela Preparatoria**, director de la vida intelectual, fue en 1867, en París, discípulo de Comte. Reforma la educación mexicana dentro de un concepto rigurosamente positivista, pero no admite el sentido religioso de la nueva filosofía. El comtismo influye como método, como reacción contra la teología y la metafísica y como una dirección pedagógica. Pero más profundamente se entroniza en las repúblicas latinas la filosofía de Spencer. Al progreso, idea cardinal del romanticismo, sucederá la evolución, fórmula preferida de los positivistas. Después de 1800, los discípulos de Spencer conquistan dos generaciones que forman en diversas universidades un sistema oficial. No se aplican a la psicología ni a la biología, pero siguen servilmente sus doctrinas morales. Los filósofos y los periodistas explican fórmulas spencerianas: el organismo social, la inestabilidad de lo homogéneo, la diferenciación y la relatividad del conocimiento. En 1863 se expide en Colombia la Constitución política de ese año, llamada de Rionegro, en cuyo articulado se establecen y sintetizan los principios fundamentales del individualismo inglés, y, más propiamente, las doctrinas de Spencer, Stuart Mill, Bentham, Adam Smith, Hobbes y otros filósofos y economistas que hicieron del individuo un dios tutelar. Y en 1885, Rafael Núñez, expone a la nación la filosofía spenceriana como remedio al dogmatismo político de los anteriores mandatarios y legisladores.

Los hombres de Estado de América pedirían fácilmente a la filosofía evolucionista las sugerencias científicas como lo hicieron los japoneses. Bajo la influencia del pensador inglés, se llega a la época científica. El estudio de la ciencia social comienza. Se profesa un materialismo o un positivismo hostil a las ideas etnológicas. Se cree en la ciencia misma y se llega a la explicación racional de todos los misterios, a la supremacía de las matemáticas y de la física. Diversas influencias dominan esta época y se embrollan confusamente para favorecer el triunfo del positivismo. Las teorías sociales de Gustavo Le Bon, los libros apasionados de Max Nordau, la criminología de Ferri y de Lombroso, las tesis de Garófalo, las fórmulas de Hipólito Taine, la biología y la sociología de Letrouneau, son temas y motivos de disensión

en las universidades, en los círculos políticos, en la cátedra, en el parlamento, en el libro, en las escuelas y hasta en las simples tertulias familiares. Hay, para el último tercio del siglo XIX, una ebullición ideológica en todos los espíritus, un afán de conocimiento, una fiebre intensa de sabiduría y de investigación. Se repudia la elocuencia como contraria a la precisión científica. Un partido que domina y es portaestandarte de la evolución en México durante treinta años se auto-denomina **Partido Científico**.

* * *

La significación adquiere luego una excesiva importancia. Habiendo lugar a la formación de ideas y métodos, se encuentra en la enseñanza de los profesores la estrechez del dogma. El positivismo implanta así un racionalismo ilimitado y vulgar, una mera metafísica que acuerda en fórmulas científicas una verdad absoluta. Exalta en la vida el egoísmo, los intereses prácticos, la persecución encarnizada de la riqueza. Para los espíritus simplistas de América, esta filosofía no es una disciplina del conocimiento y de la acción sino una limitación al esfuerzo hacia la conquista de lo útil. Los positivistas organizan tiránicas plutocracias en algunas naciones americanas. Sin dominar en las escuelas como Spencer, un filósofo francés Mr. Alfredo Fouillé, influye poderosamente sobre el derecho, la política y la educación. En fase de positivismo reinante, esta doctrina flexible atrae fuerzas americanas y las obras de ese pensador vienen a ser textos en algunas universidades hispanoamericanas. La teoría de las ideas fuertes es continua. Pensadores y educadores se inspiran en la filosofía de la esperanza. Por su noble idealismo, por su admirable riqueza, por su racionalismo sereno, por su carácter tan latino, el armonioso sistema de Mr. Fouillé se vuelve popular entre las juventudes de este Continente. Es imposible prescindir de la notable influencia de este joven poeta y filósofo, consagrado por una muerte prematura. Luego continúa Guyau como profesor de idealismo de las nuevas generaciones. En **Ariel**, José Enrique Rodó comenta sus más bellas metáforas, y la prédica filosófica del profesor de Montevideo continúa en una serie de libros: **Motivos de Proteo**, **El Mirador de Próspero**, **Cinco Ensayos**, etc. Un pensador peruano, Manuel González Prada populariza las sugerencias del espíritu platoniano sobre la muerte. Federico Nietzsche —el cóndor solitario de Sils María— y tam-

bién sus discípulos y comentadores, traducidos al español, vulgarizan sus doctrinas que han sido como la biblia, del más exasperado egoísmo y del más fuerte y recio robustecimiento del YO. No se adivina su estoicismo, su cultura en la vida heroica y en la trágica aventura. Políticos concusionarios mestizos, que aspiran al poder, se creen paternalmente nietzscheanos, porque ellos olvidan todo escrúpulo en su avance inmoral. Una generación que está del lado del bien o del mal practica en América el "arrivismo", desorganiza la política y la sociedad y olvida el código de la dignidad humana. Fouillé, Guyau y Nietzsche no son sustituidos por la filosofía positivista. La superación de la ciencia, el aborrecimiento de las construcciones metafísicas dominan en las postrimerías del Siglo XIX. Todas las nuevas doctrinas se propagan: pragmatismo (la filosofía de William James), bergsonismo, filosofía de Wundt, filosofía de la contingencia. De la variedad de imitaciones surgirá luego un sistema americano. Contra el positivismo dogmático, comienza una reacción. Es el período de la disolución y de la crítica. Se aceptan influencias variadas y diferentes, sajones, alemanes, franceses han dejado desaparecer la vieja fe en la ciencia de Augusto Comte y de Herbert Spencer. Francisco García Calderón, espíritu dilecto y erudito, escribe magistrales libros: **"La Creación de un Continente"** y **"Las Democracias de Latinoamérica"**. Y Carlos Arturo Torres en Colombia con su obra **"Idola Fori"**, además de la pureza impecable de su estilo, expone un formal enjuiciamiento contra las viejas teorías y los desgastados valores humanos. Es el principio de la reacción contra lo arcaico, contra lo vanamente tradicional en un afán de renuevo en lo espiritual y en lo ideológico.

* * *

Dos filósofos, Antonio Caso en México y Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo, han contribuido al análisis de M. Emilio Boutroux atacando la estrecha interpretación de las leyes científicas. Así, el positivismo ha perdido su prestigio después de tantos años de influencia. Ningún rígido sistema, a excepción del hegeliano y del marxismo lo ha reemplazado en la escuela. Ha quedado solamente en lugar de un dogma intolerante un libre examen cuyas consecuencias han sido aprovechadas por los supérstites del viejo liberalismo manchesteriano. Algunos ensayos de Enrique José Varona, en sus **"Conferencias de Moral y**

Psicología"; de Carlos Octavio Bunge, en su "**Psicología Individual y Social**"; de Vaz Ferreira, en su "**Crítica del Sistema de la Libertad**", revelan que una seria orientación filosófica no hace falta. Pero la originalidad en la doctrina nueva dentro de la escuela latinoamericana es ya una realidad en principio. Con todo, mientras estas naciones no se organicen en medio de la inquietud anárquica, mientras que el culto de la riqueza eche por tierra todo esfuerzo desinteresado, no habrá, seguramente, otra obra filosófica que la adaptación promisoría de los sistemas extranjeros. Pero en los nuevos movimientos, las especulaciones filosóficas han perdido su vieja simplicidad. Los estudios de psicología y sociología cobran mayor desarrollo y mayor número de investigadores. El análisis es más profundo y consciente: se desechan las viejas soluciones verbales y el estudio de la sociedad y de sus múltiples fenómenos adquiere una extraordinaria importancia.

Hace tres cuartos de siglo los libros de ciencia política abundaban no solo en Colombia sino en los demás países de América. Salieron a la publicidad obras como las de José María Samper, Camacho Roldán, Santiago Pérez, Martínez Silva, Núñez, Uribe Uribe, Caro, Miguel Samper, entre nosotros; en las demás naciones de este hemisferio son de notoria importancia las obras de José Vasconcelos, de Santisteban, Latarrea y Angulo Garridi, entre muchas. La misma preocupación pragmática, adaptación de ideas científicas a la dirección de la vida social viene dominando. Alberdi, Valle, Monteagudo, han estudiado los problemas sociales y han planteado utopías. Diversos sociólogos se inspiraron en la biología, en la psicología y en el materialismo histórico. José Ingenieros estudia la sociología argentina bajo una forma biológica; Mariano H. Cornejo, en el Perú, adopta las teorías fisiológicas de Wundt, en su análisis sobre el lenguaje, el mito y la costumbre; Valentín Letelier, en Chile, se inclina hacia el positivismo de Comte; Francisco Ramos Mejía en la Argentina, estudia los problemas sociales dentro de un sentido biológico. Sus libros "**La Locura de la Historia**" y "**Las Masas Argentinas**", revelan esta tendencia, lo mismo que sus estudios neuropsicológicos sobre Rosas y el doctor Francia. Ingenieros estudia la sociología criminal, funda la escuela psicopatológica argentina y estudia la historia de su país en relación con el factor económico. Su obra "**De la Barbarie al Imperialismo**" es un perfecto ensayo de sociología marxista, el primero intentado en Latinoamérica. Germán Arciniegas, en su

libro **“El Estudiante de la Mesa Redonda”**, inicia entre nosotros en forma seria y consciente la preocupación por los estudios sociológicos y el interés por las cuestiones sociales a través de nuestra historia; el Profesor Luis López de Mesa en sus obras **“Civilización Contemporánea”**, **“Introducción a la Historia de la Cultura Colombiana”**, **“Problemas de la Raza en Colombia”**, **“De cómo se ha formado la nación colombiana”**, etc., ha penetrado razonada y científicamente en los vastos campos de la psicología y de la sociología. Y Luis Alberto Sánchez, en el Perú, ha dirigido asimismo sus inquietudes investigativas a ahondar en los problemas sociológicos no solo de su país sino de indo-América desde el punto de vista de sus orígenes y de la evolución racial o etnológica. En fin, las ciencias sociales preocupan hoy más que la pura filosofía. Ni los grandes pensadores ni los pensadores críticos son hoy estudiados en América. Ni Hume, ni Kant, ni Hegel, ni Shopenhauer se aclimatan en estas tierras. Eclecticismo y materialismo —vale decir marxismo— son las doctrinas dominantes en universidades y centros de alta cultura científica.

La orientación del pensamiento sociológico ha penetrado ya en los países latinoamericanos, en donde, con el entusiasmo de naciones jóvenes, los hombres de ciencia se han dedicado a las disquisiciones de los problemas sociológicos dignos de notarse. Hacia tales problemas se han dirigido Alberti, Ingenieros, Sarmiento, Colmo, Orgaz, Leopoldo Maupas, Antonio Dela Piano, Agustín Alvarez, Anreghino y Juan A. García, en la Argentina; Paulo Egicio, en el Brasil; Arciniegas y López de Mesa, en Colombia; Cecilio Báez, Bacon Duarte e Ignacio Pane, en el Paraguay; Arcaya y Carlos León, en Venezuela, y Victorino Ayala y Salvador Calderón Ramírez, en El Salvador.